

LITERARIAS

MARIA ESTHER GILIO

LAS MUJERES Y EL AMOR (III)



RESPONDE

ARMONIA SOMMERS

"A cada cual su ración de amor"

—Me encantaría tener a mano uno de esos libros en que se describe el asunto, del que recuerdo en este momento tres casos típicos: la araña que devora al macho para completar el festín del amor; la mosca que recibe antes cierto globito en el que su amador ha envuelto un insecto para obsequiarla. Y la clásica ofrenda de pequeñas piedras y ramas en la danza del celo de los pinguinos.

—¿Cree, entonces, que esas conductas animales se repiten en el hombre? ¿No coloca al hombre un poco más arriba, por lo menos en esto, en el amor?

—Desde luego que con una organización cerebral que nos permitirá después ser humanamente trascendidos. Pero sin negar que se repiten ciertas formas devoradoras junto a otras menos voraces. Lo falso, entonces, es reducir el amor a nuestras calidades temperamentales. Y es por eso que el novelista debe tender a liberarse de su concepto del amor y dejar que los amantes pasten tranquilos cada cual en su hierba.

—Un pasto que parece muy amargo en este libro La mitad del amor que tenemos entre manos.

—Puede, sí, observarse en la línea creacionista moderna el desamor que campea en nuestro libro. Pero quizás a causa de alguna crisis en la fibra amorosa. Yo pienso —y esto sin caer en el vicio generalizador que estoy enjuiciando— que el amor nos ha dado muchos poderes menos uno: la capacidad de agarrarlo siempre con la fuerza de la sangre, y no sólo con la yema de los dedos, el masticador postizo de la cultura superficial o los tentáculos del odio.

—Decididamente las yemas de los dedos las usa poco, usted, en sus historias, cuando se trata de arrastrar el amor.

—Es claro, porque lo consideré siempre un sentimiento de los catalogados como positivos. Lo de O'Neill, en Ligados, es odio con variantes de sexo. Y lo de Albee, algún componente más dramático con la serenidad física que sobreviene al vómito. Pero yo quisiera saber qué hay de esos rejuntemientos, con olor a pólvora luego de la batalla campal, qué hay de una cosa muy cacareada, la dignidad humana, puesta como primera condición de las reivindicaciones sociales, y que se desinfla cuando se trata nada menos que de vivir amorosamente.

—Sin embargo, a través de toda su obra se respira una atmósfera enrarecida de pesimismo.

—Pero un pesimismo fustigador, un pesimismo que yo llamaría con el látigo en la mano. Recuerde que al hombre muerto de La inmigrante se le ha condenado a andar husmeando el rastro evaporado del amor al que tuvo miedo. Ese encuentro de las mujeres, esa actitud de manga ancha del hijo ante la confidencia, son formas del castigo a una posible desertión amorosa. Creo haberlo ejercitado más de una vez en mi línea creativa, pero nunca contra el amor en sí mismo, sino contra sus casos de miseria, sus nombres equivocados o sus descoincidencias.

—Sin embargo... estoy recordando que La mujer desnuda... se inmola al amor y no parece haber otra salida.

—Puse, sí, a La Mujer desnuda a deambular por cierta aldea donde todos parecían estar muertos para el amor, aunque se siguieran reproduciendo ordenadamente. Un día la casualidad enfrenta la pareja y se produce la hecatombe. ¿Por qué los dejó asesinar? Quizás porque la novela funcionaba más con ese crimen de lesa amor que con mi propia rebeldía. Pero vuelvo a repetir que el amor quedó flotando sobre las ruinas. Y ésta no es una figura más, es la única chance que nos asiste todavía. Al menos en un mundo en el que perduran tantos esquemas inservibles, ciertas presiones sociales, entre otros.

—¿Y usted cree en la importancia directa de esas presiones sobre el amor, una experiencia que suele tipificar la mayor intimidad del hombre?

—En cierto campo de la sociología se investiga esto, ¿no? Parecería que dependemos de una "ecuación personal sociológica" que viene de muy lejos, con impregnaciones milenarias. El amor tironea para el lado de su propio absoluto. Pero al fin es un ser delicado, y no el que levanta pesas en el circo. "Las sensaciones, en vez de atravesarme, me taladran", decía el hipernensible de Rilke, y seguía viviendo. Con el amor pasa lo mismo respecto a aquellas fuerzas externas. Y lo grande es que el milagro no cese, aun bajo la forma de las explosiones demográficas que vienen preocupando a las estadísticas. Y que esas explosiones se produzcan en los medios sociales más primitivos o los más deteriorados económicamente, como si el potencial de alegría y de goce pleno del amor no tuviese nada que ver con las modificaciones a fondo de las estructuras...

—Y dada la forma que ha tomado el amor en su cuento (recuerde que sigue siendo usted un testigo), ¿incluye todos los amores siempre que habla del amor...?

—¿...hasta "aquel que no osa decir su nombre"? (Ya ve que no soy tan intimidatoria, la ayudo a completar sus preguntas escabrosas...) Y esto sí que habría que exponerlo muy bien, quizás acudiendo a algo que me vino a la memoria al escribir el cuento, y después ante el título del libro. La leyenda platónica y su insuperable mecanismo lógico-poético: aquellos primitivos seres dobles en forma de bola con cuatro brazos, cuatro piernas, dos caras, doble sexo y la movilidad extraordinaria que le daba su cantidad de extremidades. El varón doble proveniente del sol; la hembra doble originaria de la tierra, y el hombre-mujer de la luna. Luego, en un día de ira de Júpiter, se les divide como a almejas. Y así estarán eternamente: una mitad buscando a la otra... Sobre el sexo de esas mitades del amor no creo que podamos acusar ni defender a nadie. Júpiter se debe haber escondido después de lo que hizo. Y encontrarlo hoy en el montón de tantos viejos iguales ha de ser un triunfo.

—¿Y clausurando la leyenda?

—Es decir que, sin Júpiter a la vista, usted parecería querer saber a toda costa qué opino, ya que eso está en el cuento. Bueno: alguien me ha dicho que, al leerlo, su estructura le había hecho pensar en una serie de puertas que se iban abriendo suavemente hasta llegar a una claridad final donde se producía la absolución colectiva de todos los amores. Tal vez, en ese clima casi de retorno paradisiaco, es que podría repetirse algo ya dicho, creo que por mi personaje femenino de De Miedo en Miedo: "Que cada uno tenga lo que le toque en este mundo de su ración de amor. Todos menos estar vacíos".